

MOULIÁN, TOMÁS  
*CHILE ACTUAL: ANATOMÍA DE UN MITO.*  
Santiago de Chile. LOM Ediciones y Universidad ARCIS, 1997.

Para cosechar estabilidad -ese desvelo de todo régimen político- en este tramo de nuestra historia se optó por sembrar olvido. Como especie insegura, la actual forma democrática se empeña enfática y recurrente en posar de inmaculada. Dictamina en supuesta oposición frontal a toda naturaleza democrática a casi cualquier manifestación de descontento político o social organizado. La reiterada apelación a la madurez de las bases de la sociedad en forma de cooperación con una difusa “governabilidad democrática”, parece más bien un cartel que sobre su higiénica superficie reza: “se mira pero no se toca”. De tal suerte, se constituye un estado de cosas marcado por la carencia de crítica y la precariedad del debate intelectual.

Es en tal escenario que Moulián estrena su texto. En un predio cruzado -al decir suyo- por un empeño de “blanqueo” desde el poder. De ahí que su valor principal anide en el empeño por recuperar la función crítica del intelectual ante la realidad que vive. Sus aciertos -incluso aquellos que resultan de una sistematización de nociones harto extendidas- y falencias se sitúan ante todo en el vacío de crítica sistemática. Moulián lo sabe y lo siente, por eso lanza contra ello su texto y acusa de silencios cómplices o de “publicistas del libro marcado” a los intelectuales del poder (sea este gubernamental o empresarial).

A pesar de empeñarse en algunas teorizaciones acerca del pasado inmediato, el texto busca vaciar y transmitir la emoción del autor, en un recodo histórico en que la memoria de la sociedad se encuentra debilitada por la impronta del poder. Sus páginas, entonces, más allá de cualquier juicio teórico que puedan merecer, irrumpen casi solitarias -sería injusto decir únicas- en medio del amnésico desierto reinante; empeñadas casi con vehemencia en recuperar la idea de historicidad, tanto respecto del pasado inmediato a través del examen del proceso que produce una reorganización de la sociedad chilena, como del presente aparentemente detenido, pretendidamente deshistorizado.

Olvido, blanqueo, consenso, razones de Estado se apilan entre el arsenal de nociones que Moulián, revela para presentar a la democracia actual como una “jaula de hierro”, en la que la política adopta una dinámica que no aborda la cuestión de las condiciones del orden social. En tanto tema vedado, ésta no delibera entonces sobre fines sino sobre instrumentos. Es una política desideologizada. De ahí provienen para Moulián su agonía y falta de atractivo, esto es, la ausencia de “discursos encantadores”, que no refiere, sin embargo, a que los variados procesos de elitización de la política, que van desde las neo-oligarquizantes expresiones de los llamados poderes fácticos hasta la constante presentación de las alternativas políticas bajo un rostro de opción técnica,

dejando a las masas incapacitadas -léase excluidas- para participar.

El basamento de una actualidad de tal naturaleza lo sitúa, más que en el temor propiamente tal -que se desempeña más bien como justificación- en la complicidad con un proyecto, a saber: el de la “revolución capitalista” proveniente de la “dictadura revolucionaria” que precede a la actual etapa democrática, y que instala al mercado perfecto como metáfora de la justicia. La democracia actual entonces ha de mantener y expandir la condición de “paraíso inversionista” erigida en la etapa precedente.

Asumiendo que este hecho se intenta ocultar, Moulián enfila buena parte de su esfuerzo a desnudar los símbolos con que se lo oculta, para lo que emplea desde disquisiciones teóricas hasta ironías, pasando por la denuncia propiamente tal, en pasajes en que se revisan muchos de los contenidos del orden discursivo del poder. Se trata de lo que, en una noción tomada de Gramsci y algo metamorfoseada, Moulián denomina “transformismo”: un cambio puramente adaptativo, una forma de reproductibilidad que anula el surgimiento de la historicidad, en otras palabras, que todo cambie para que nada cambie. Luego, el pacto consensual en que se funda la actual “democracia moderna”, “protegida”, “semidemocracia”, “simulacro de democracia procedimental” y opuesta a “democracia sustantiva”, en un “pacto atávico” que intenta asentar una “sociedad móvil pero sin historicidad”, en fin, el cambio como expansión y nunca transformación.

Uno de los dispositivos centrales de esta “jaula de hierro” es la despolitización de la tomas de decisiones. Es el imperio de la razón: “razón y poder se hermanan”. Aquí aparecen elementos como la tecnocratización de la política, la operación de poderes fácticos, la tutela de las FF.AA. (el “partido militar”). Mas se les escruta bajo una mirada constituida a partir de las transformaciones operadas en la estructura social y los cambios que en relación con ello guarda el mundo de la política. Moulián se centra más bien en “desnudar la ambigüedad discursiva de las élites democráticas”; en virtud de ello efectúa su “racconto” en el que abundan los análisis de matriz simbólica y comunicacional, y aún algunas ilustraciones económicas.

Empero en este registro de cambio de la sociedad chilena la pluma no cubre la transformación que sufrió la estructura social, ausencia que se trasvasija luego a las descripciones políticas para dejarlas como caracterizaciones centradas en los sucesivos órdenes discursivos de los actores predominantes, permaneciendo en la niebla el carácter social de dichos sujetos, de las opciones políticas y de las discursivas propiamente tal.

Los fenómenos que se describen, por tanto, pululan en la superficie de la dinámica del Chile Actual; el viaje a sus entrañas, como sociedad profundamente diferenciada, socialmente fracturada, parece quedar pendiente no ya en términos descriptivos -de ello el INE se encarga periódicamente -sino en cuanto a tender o revelar los puentes que existen entre esa realidad social diferenciada, hoy en mayor y diferente medida que antaño -de ahí una especificidad de lo actual no relevada- y la superficie visible y cotidiana en la que se expresan la política y la apatía, el consumo, el crédito y tantos aspectos que el propio Moulián

destaca. La política queda, entonces, como una figura antojadiza y encerrada, que se ilustra e incluso ironiza al punto de logradas ridiculizaciones acerca del orden discursivo de las élites democráticas; mas no se adentra en las razones, por ejemplo, de tal debilidad del sistema de partidos. El examen de los dispositivos constitucionales no es suficiente, pues ello es también expresión de una sociedad reorganizada socialmente. Incluso tales dispositivos constitucionales escrutados por Moulián no son determinantes de la situación consensual existente -la “jaula de hierro”-, ésta es más bien expresión de relaciones de fuerza, de origen social, por lo que en un país profundamente cambiado, ello habría de requerir de un espacio importante en la centralidad de un “racconto” analítico.

Esto no obsta para que Moulián despliegue en ese plano una fuerte crítica tanto a “hechores” como “profítadores” del orden actual, reunidos en un “ala neoliberal transversal” y responsables por igual de la “castración de la ciudadanía”.

En un acierto expositivo, Moulián despliega primero una caracterización crítica de la actualidad, para desde allí remitir el análisis hacia el pasado inmediato como espacio de constitución del orden de cosas actual. De ese modo logra atrapar la atención del lector y llevarlo plausiblemente a un reexamen de la historia inmediata cuando, como se sabe, poco encuentra adeptos esa tarea en un contexto en que la abulia y el temor refuerzan la amnesia sobre un período doloroso. Pero Moulián atrapa la atención hacia ese reexamen, y ello sin evadir sus aspectos y momentos más dolorosos, los que se ilustran vívidamente.

Primero, entonces, escruta la naturaleza del actual “paraíso consumista”, abundando en las formas de la cotidianeidad -incluida la televisión- así como en su capacidad y debilidad integrativa, la que ilustra recurriendo a la comparación con los mecanismos integrativos y normativos que imperaron en la sociedad chilena anterior a 1973. Sin embargo, hay que anotar que la caracterización de la dinámica actual como matriz productivista-consumista, aún cuando en muchos aspectos resulta sugerente, no aparece como una construcción teórica acabada.

Tras el examen crítico de la actualidad aparece la lógica interrogante acerca de su estabilidad. Moulián remite su respuesta hacia el rol del crédito y el consumo: la combinación de consumismo y desigualdad, con el consiguiente pesimismo y conformismo que conlleva, articula un círculo vicioso que haría que el sistema no se desplome. De indudable gravitación, el crédito y el consumo aparecen así reificados al punto de considerárselos como una “forma particular de ciudadanía”. Entonces, aún cuando no permitirían una movilidad social, estos elementos se desempeñarían como factores importantes de integración e individuación (dado el afán de “decorado del Yo”), como “factor decisivo en la construcción de la subjetividad y en la relación con la sociedad”. El nuevo “ciudadano credit-card” constituiría así una poderosa forma de dominación que sustenta la disciplina de la fuerza de trabajo en un régimen laboral flexible y precario como el actual. Se trata de un “disciplinamiento plenamente mercantil” y con ello de una lograda “despolitización de la ciudadanía”.

En la imagen de una sociedad chilena “plenamente mercantilizada” la

heterogeneidad social, y con ello las diferenciadas formas en que se vive esa indiscutible expansión del consumo y el crédito, se borran de un -por lo demás urbano- plumazo al reificar a los malls como espacio y símbolo “tranclase” de esta realidad. De otro lado, esta reificación de una mercantilización efectivamente operante cae en la trampa de las imágenes de la libertad de mercado y de una destrucción creciente de la asociatividad, si no se asume la operación de fuerzas monopolizantes que operan sobre ello (baste recordar la figura y andanzas recientes de un Yuraszeck), esto es las relaciones de poder que operan al respecto. Esa mercantilización aparece encaminada hacia el debilitamiento infinito de la asociatividad, empero las fuerzas que la impulsan se asientan sobre firmes bases asociativas, por lo que sobre la debilidad asociativa de unos se empuja la fortaleza asociativa de otros. Luego lo asociativo no desaparece con esta mercantilización monopólicamente dirigida, sino que queda como posibilidad de los poderosos.

El consumismo aparece elevado al centro de la dominación, de las formas de integración social y de ciudadanía actuales. Tal extrapolación de un dato real lleva a obviar el análisis de los déficit sistemáticos de integración, de ciudadanía y gobernabilidad. Las estructuras autoritarias implantadas por el régimen dictatorial a nivel de la base de la sociedad (en la fábrica, la escuela, la salud, la población y la localidad, la universidad, etc.) no reciben atención, entonces, en una lectura que alude a elementos casi indiferenciados socialmente de la actualidad, y registra escasamente esas fragmentadas realidades sociales en las que se asientan -prácticamente intactas- importantes formas de regulación de las relaciones sociales que hoy permanecen despolitizadas, y por tanto marginadas en grado sustantivo de los procesos de construcción del Estado.

Los déficit sistemáticos de la construcción actual, Moulián los sitúa más bien en el desorden y la violencia que acosa a la ciudad; en la delincuencia que crece de la mano del mercado en un contexto de declive de lo público. Y con este retrato de la actualidad Moulián logra legitimar y motivar una lectura del pasado inmediato, lo que otorga singularidad a su análisis en el contexto intelectual reinante. Las incomodidades del presente, desde las políticas globales hasta las cotidianas, se ligan a esa historia inmediata y profundamente refundacional y partera de lo actual.

Examina para ello -a ratos muy centrado en lo simbólico y comunicacional- la derrota de la Unidad Popular y la polarización política que la antecede, destacando el idealismo de la izquierda chilena en ese período. La Unidad Popular habría vociferado una revolución imposible, dudó sobre ella y adoptó actitudes contradictorias, desperdiçando las posibilidades de una alianza con los demócratacristianos que hubiese abierto un cauce histórico diferente, estima Moulian.

La dictadura va a ser registrada tanto en su capacidad refundacional (“revolucionaria”), como en sus dispositivos terroristas; esto último con amplias ilustraciones que no por ello ahogase en el testimonio, para permitir el análisis de sus diversos mecanismos y su

eficiencia específica. Así en el examen de las modalidades de la acción del terror, Moulian se adentra - a ratos emocionado, y en forma siempre de golpe a la amnesia actual- en los significados de la tortura y de la figura del desaparecido. Pero su registro se adentra además en el examen del “dispositivo -saber” o sistema cognitivo organizado por la dictadura, y en sus empeños por producir nuevas identidades sociales (“anti-saberes” o “no-saberes”); para lo que escruta el discurso reificados de las formas mercantiles y deslegitimante del decisionismo estatal, así como su proceso de constitución como movimiento ideológico. Finalmente examina otro elemento en ese proceso de formación histórica del poder: el “dispositivo -derecho” o marco legal de la dictadura en su fase de instalación o “terrorista”, en el que se consignan las formas de legalización del despotismo y la represión.

En este “racconto”, sin embargo, no se consigna el proceso de desarticulación de fuerzas sociales que acontece. El hilo de análisis registra de un lado “torturados” y de otro “tensiones entre los personeros del poder”, pero no deja ver -una vez más- el desenvolvimiento del proceso social y la ruta que sigue de transformación de la estructura social. Es una historia en que poco aparecen los sujetos sociales y sus transformaciones, inevitables en una lectura sociopolítica.

Por último, el texto de Moulián vuelve a brillar con singularidad en el desierto amnésico actual, al repasar la década de los ochenta -la “fase de dictadura constitucional”- ajustando cuentas con las fuerzas políticas antidictatoriales; ello tanto a demócratacristianos como a una “renovación que llevó al neoliberalismo” llegando hasta los comunistas. Todo ello en un examen que se ocupa además de resultar sugerente para la consideración de la actualidad.

Los movimientos de protestas se consignan preferentemente en relación con las conducciones político-partidistas, relevando fortalezas y problemas e incoherencias, procesando desde ese ángulo sus procesos de auge y ocaso. Empero adolece de una consideración en sí de esas realidades populares movilizadas, y por ello de las debilidades que permitirán más tarde su licenciamiento por parte de las fuerzas políticas antidictatoriales embarcadas en la negociación con el pinochetismo. Así, la ausencia de movilización social en torno a la coyuntura plebiscitaria resulta atribuida más a la eficacia comunicacional de la campaña concertacionista, que a una temprana y sostenida debilidad de apropiación de sus espacios sociales por esos movimientos, en una movilización en que prácticamente con exclusividad se abocaron a poner fin a la dictadura, y por ello escasamente a su constitución como sectores y movimientos sociales como tal.

De tal suerte, la precariedad del alcance de la ciudadanía en el sistema democrático actual no se relaciona con la ausencia de luchas sociales constituidas, pugnando por diferentes grados de integración a los procesos de construcción del Estado, sino que aparecen producto del “pacto atávico” que lo origina y se convierte en “jaula de hierro”, así como de una expansión de la mercantilización e individuación que atrae consigo la forma más desarrollada del capitalismo. A pesar de ello, como se ha dicho, el texto tiende con audacia los puentes entre el pasado inmediato y las incomodidades del presente, en un

giro de análisis que, por perogrullesco que pueda parecer, resulta tan escaso como sugerente. De ahí pues, el éxito merecido que registra el trabajo de Moulián, un verdadero aporte, prácticamente solitario en su llegada y capacidad de estimulación, a la necesaria recuperación del debate intelectual en un tiempo -paradojalmente- democrático.

Carlos Ruíz Encina